

Bestias Nocturnas

Oscar Fuentes Henríquez

Copyright© Oscar Alejandro Fuentes Henríquez

Copyright© Bestias Nocturnas

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción parcial o total de esta obra, su tratamiento informático, ni su transmisión por cualquier medio sea este, sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

ÍNDICE

[Comienzo Del Caos](#)

[Vestigios De Destrucción](#)

[La fortificación De La Casa Tribal](#)

[La Ciudad Sib De Génesis](#)

[Aparecen Los Kriols Soldados](#)

[De Regreso, Una Nueva Lucha](#)

[Las Bestias Soldado Llegan A Volcán Rojo](#)

[Nace Un Amor](#)

[Conspiraciones](#)

[Los Enviados Del Príncipe Carlos](#)

[La Cordillera De La Costa](#)

[Los Humanos](#)

[La Antigua Ciudad De Los Hielos](#)

[La Biblioteca](#)

[Un Nuevo Orden](#)

[Los Sib Del Norte](#)

[El Plan](#)

[Se Ejecuta El Gran Plan](#)

[Los Conservadores](#)

[En El Interior De La Colonia](#)

[El Rey](#)

[Un Asunto Pendiente](#)

Comienzo Del Caos

El cazador confirmó lo que ya había repetido muchas veces: que sí había visto a un hombre “Sib”, pero no con las alas normales de un hombre Sib, sino que con alas de murciélago. En el Concejo De Sabios, el asunto era difícil de creer. Nunca antes habían visto hombres con alas de murciélago. No había registro en los poemas históricos de tal cosa.

— ¿Cómo puedes asegurarlo? Si estaba oscuro, y lo viste de lejos. ¡Has dicho que solo viste su silueta!

— ¡He visto su silueta! Pero no es un ave que conozcamos, ni tampoco uno de nosotros. Parecía un niño, creo, porque tenía poco más de un metro de altura.

—Tal vez uno de nuestros niños se disfrazó, ¡Y eso es lo que viste!

El Sabio principal ordenó a sus siervos a que interroguen a los niños, para ver quién de ellos se había disfrazado, y se cerró la reunión. El cazador se fue frustrado, pues estaba seguro de lo que vio, y creía que era importante que la tribu estuviera al tanto del asunto, como lo decían las reglas: toda información sobre algo que pudiera ser peligroso para la tribu, debía ser informado a los Sabios.

Había miedo en la tribu por ese avistamiento de un hombre con alas de murciélago. Muchos creían que debían ser malos, y que podrían querer hacer la guerra, pues nadie que luchara tanto para llegar hasta ese lugar tan apartado del mundo, vendría con buenas intenciones.

En realidad, era un lugar poco accesible. En la cima de las montañas más altas, donde un humano no acostumbrado desmaya por la falta de oxígeno, ahí estaba la tribu. Lugar poderoso, desde arriba todo era diferente, pues se podía mirar a los humanos abajo, tan abajo, que sus edificios parecían hormigas.

Nunca tenían visitas que no fueran visitas de los de su raza –casi extinta además—. Y la historia decía, que nadie que no fuera de su raza, había

llegado con buenas intenciones hacia ese recóndito lugar de morada. Por esto, la genta estaba asustada.

Al día siguiente, se reabrió la sesión. El siervo encargado, dijo que ningún niño reconoció haberse disfrazado con alas de murciélago hace dos noches. Hubo conmoción en el auditorio. La situación se tornó tensa. El Sabio principal le preguntó al cazador, si había un detalle en la apariencia de ese niño, que no haya contado. El cazador dijo que no había nada. Le volvió a preguntar el Sabio, si es que algún detalle se le había escapado, y no lo había contado, y le replicó, que aun si no estaba seguro, que lo contara. El cazador ahora miro a todos en silencio, consiente de la expectación de sus oyentes, y se quedó callado. Hubo un silencio molesto, y luego dijo, que le había parecido que ese niño tenía cola.

Pasó el tiempo, y los Sabios no le encontraron solución al caso de seguridad tribal. No había nadie más que argumentara haber visto a un niño con “alas de murciélago” merodeando por los alrededores y, para más extraño aún, con cola. Comúnmente los avistamientos de extraños, son notificados entre los Sib, y son estudiados, para ver si representan algún peligro para la tribu. Nadie tenía nada en contra del cazador, por lo que la audiencia no era por el motivo de que se le haya culpado de algo, sino que solo era procedimiento de rutina, para estudiar los avistamientos de “cosas extrañas”, como decía la tradición.

Le encargaron al cazador que no divulgue historias sobre el niño que vio, y que lo mantuviera como Secreto De Seguridad Tribal, pues con ese argumento nadie le insistiría en que hable acerca de lo que vio, pues sería ir en contra de la tradición, y entre los Sib, tradición es sinónimo de “reglas” o “leyes”.

Los Sib son criaturas semejantes a humanos, pero con algunas diferencias físicas, como el notorio hecho de que tienen alas emplumadas. Son igual de inteligentes, solo que menos numerosos que los humanos. Viven en tribus pequeñas, de menos de 1000 integrantes, muy distantes una tribu de otra, por lo que los Sib son gente tan aislada, que ni siquiera tienen mucho contacto con los demás pueblos de su propia raza.

Los Sib viven generalmente en las cimas de las montañas más altas, en pequeñas mesetas artificiales, donde ya no hay vida más que la de ellos, y no hay otro modo de llegar que no sea volando. Desde arriba se puede ver la fuerza y magnificencia de la naturaleza, mirando las otras montañas, blancas por la nieve, gloriosas... y se puede sentir el viento helado en el rostro, que a los Sib les hace sentir vivos, y que a un humano le harían estar muerto.

Paz, sí, paz. No hay más paz que volar en lo más alto del cielo, lejos de toda vida que no sea la de ellos mismos, sintiendo el viento helado por cada parte del cuerpo, sintiendo como entra por la nariz, y hace que se erice la piel. Alto, arriba, tanto, que abajo el paisaje es formado por las blancas nubes que cubren a los humanos, y arriba el cielo es de un azul intenso no manchado con nada, completamente despejado, puro.... Y a lo lejos el sol, con su fuerza y fulgor, que un humano no es capaz de percibir.

La vida es diferente en esos inaccesibles lugares del planeta. Como los humanos no llegan ahí, no hay robos, peleas, infelicidad provocada por la necesidad del dinero, ruido, humo... No, las cosas son diferentes arriba, allá existe la paz.

Los Sib son de esas tribus que los humanos llaman "incivilizadas". Conocen el fuego pero casi no lo usan, no usan ropa, andan desnudos todo el día, no tienen mesas, sillas, de hecho, no tienen casas propias. Según sea la tribu, viven comúnmente en una casa tribal, que es una casa comunitaria, enorme, donde duerme toda la tribu. Solo para eso construyen la casa comunitaria, para dormir. Toda la casa solo tiene la función de que los Sib entren y duerman, todos juntos, en grupos formados por cada familia, sin habitaciones, solo una gran casa vacía. En el caso de esta tribu, usan una gran cueva natural de una enorme roca, que está a solo unos 20 metros del precipicio de la pequeña meseta.

Desde ese acontecimiento transcurrieron dos semanas entre los Sib, y los días continuaron normales. Cuando salía el sol, se despertaban, se bañaban juntos en la laguna artificial —que llenaban con el agua de los deshielos, de la fría nieve de las montañas— y emprendían el vuelo en busca de alimento. Bajaban montaña abajo,

lejos del pueblo de los humanos, y recolectaban frutas y las comían. Comúnmente solo hacían eso. Los recolectores, traían frutas para la tribu, y los cazadores llevaban ovejas y otros animales pequeños. Los mataban, los desangraban y los amarraban de los patas. Un Sib tomaba la cuerda de las patas delanteras, y otro de las traseras, y emprendían un largo vuelo hacia una pequeña meseta en lo alto de la montaña, que era donde estaba la tribu. El vuelo era muy largo, por lo que generalmente descansaban unas dos veces en alguna roca de la montaña, antes de llegar a la meseta.

Había mucho alimento abajo, pero cuando digo abajo, no me refiero a las tierras de los humanos. De hecho, los Sib no socializaban con los humanos, y no bajaban a las tierras bajas, salvo que sea para cazar o recolectar alimentos. Cuando bajaban a recolectar alimento, generalmente bajaban a las “Montañas Bajas”, y solo bajaban a las “Tierras Bajas” en caso de haber escases de alimento, pero siempre evitando a los humanos.

Los Sib tenían nulo contacto con los humanos. Los humanos por su parte les temían, pero no como para tenerles respeto, sino que los veían como algo malo que hay que eliminar, tal y como los arrieros veían a los pumas que comían su ganado.

Ya había pasado 2 semanas del avistamiento, y era de noche y estaban todos en la gran cueva, que era donde dormían. Miguel, un joven Sib de la tribu, dormía tranquilo junto a su familia. Ya nadie hablaba del avistamiento, y dormían igual que siempre, es decir, todos en la gran cueva, con sus familias –sin separaciones en la cueva por habitaciones, sino que dormían todos juntos– relajados en la paz de la que solo los Sib pueden disfrutar.

De pronto, un grito despertó a todos, pero poco pudieron ver con la oscuridad de la cueva, pese a que afuera había luna llena. Los gritos se hicieron cada vez más fuertes, y se mezclaban con extraños chillidos, y algunos gritos parecían alejarse, y sonaban cada vez de más lejos. Nadie entendía nada, y todo fue pánico. Entonces un Sib encendió una antorcha, y ahora se enfrentaron ante una terrible situación: decenas de bestias enormes con alas similares a las de murciélagos, y con cabeza

y melena como de león, con un largo de un metro promedio, –pero de unos dos metros contando sus enormes colas– estaban en la entrada de la cueva. Mordían a los Sib y con sus patas los llevaban fuera de la cueva. Entre dos bestias, podían cargar a un Sib.

Algunos tomaron sus lanzas y otros, sus arcos y flechas, y atacaron a las bestias, que chillaban de forma ensordecedora, y aún más estando heridas. Cuando muchos Sib hubieron encendido sus antorchas y la luz se hizo grande, las bestias se retiraron paulatinamente. Hombres y mujeres lloraban porque algunos de sus seres queridos habían muerto en el ataque. La escena era estremecedora, pues algunos yacían destrozados en el piso, y otros que fueron atacados aun vivían pero con extremidades amputadas.

“¿Qué hacemos?” Preguntó un hombre. Y disputaban acerca de ir a buscar o no a los Sib que esas criaturas se habían llevado fuera. Muchos temían de ir, por miedo a las criaturas, y otros decían que de seguro ya habrían muerto, por lo que no era necesario ir a rescatarlos. Los Sabios tampoco se ponían de acuerdo, pero la mayoría decía que no serviría salir de noche por que los Sib ven muy poco en la oscuridad, pero esas bestias, por ser nocturnas, no deberían tener problemas en volar de noche.

Con todo, un grupo de unos 9 hombres tomaron unos sus lanzas y otros sus arcos y flechas, y preguntaron con voz fuerte, si alguien más se uniría a ellos para recuperar a sus seres queridos. Muchos se ofrecieron, algunas mujeres y ancianos también, hasta niños, incluso niños, pero no los hombres fuertes de la tribu, por lo que los 9 hombres no les permitieron a las mujeres, ancianos y niños, acompañarlos, porque dijeron que si iban, tendrían que cuidar de ellos, y serian una carga. Miguel era de esos 9, pese a que no había perdido a ningún familiar cercano, se unió a la partida de Sib, y junto a ellos, emprendió el vuelo. La noche no era tan oscura, pues el cielo estaba despejado y había luna llena. Distinguían una mancha negra en el cielo, y se alzaron en vuelo hacia ella. Volaron con todas sus fuerzas, al grado que algunos se agitaron en gran manera.

Las bestias gigantes volaban bastante lento, pues llevaban un pesado botín de Sib, de los cuales muchos estaban vivos, y luchaban por soltarse. Los que no llevaban nada, no volaban más rápido, pues mantenían cierta formación, y las hacían de vigilantes. Era un grupo de unas 30 bestias.

El jefe de los cazadores, era el cazador que aseguraba haber visto a un niño con alas de murciélago. Su nombre era Águila, y era el líder del grupo de Sib que se arriesgaron a seguir a las bestias. Y ahora comprendía que no era un niño lo que vio, si no que se trataba de esas bestias gigantes. Águila dijo que debían ponerse de acuerdo, para que mientras uno le diera muerte a una bestia, otro recogiera al Sib que caería, para que no muriera al estrellarse en el piso (pues estaban tan heridos que de seguro no podrían volar). Pero había muchos Sib ahí, y no podían traerlos a todos, aun suponiendo que logran arrebatarlos a las bestias nocturnas. Por lo tanto acordaron que solo rescatarían a sus seres queridos, y hasta eso les sería difícil, pues estarían muy cansados, y les costaría llevarlos a la tribu.

Miguel no sabía a quién rescatar, por lo que dijo que la persona que él elegiría, sería la última en rescatarla, después de que cada uno de los otros 8 haya rescatado a un ser querido, para que se pueda decidir bien. Después de todo, como las cosas habían pasado tan rápido, no podía asegurar que no hubiera un familiar ahí, o algún amigo o amiga tal vez...

Cuando se hubieron acercado a solo unos 50 metros de las bestias, las bestias vigilantes arremetieron contra ellos, eran unas 6 de ellas. Los que hubieron traído el arco, no les sirvió de nada, pues con esa oscuridad sus flechas erraban con facilidad, y solo eran útiles cuando los tenían encima de ellos, a unos 5 metros de distancia, y hasta con eso muchas flechas fallaron.

Una de esas criaturas mordió a un Sib en la pierna, y este le clavo la lanza en el abdomen. La bestia no le soltaba, y se aferraba con sus finos y enormes dientes a la pierna del cazador. Miguel observó la escena y planeo en caída hacia la bestia, y le enterró la lanza en la cabeza, y solo entonces este soltó la pierna del hombre, y calló en la infinidad hacia las tierras humanas.

Las bestias eran robustas, de un tono gris y de una gruesa melena de cabello café que le cubría el cuello. Tenían pequeños ojos, y unos dientes muy largos y afilados, largos como de unos 5 centímetros, pero no tenían colmillos. Tenían colas del mismo largo que su cuerpo, es decir, de un metro de largo, con las que pegaban coletazos muy fuertes, pues esas colas eran gruesas en musculatura. Tenían además unas largas orejas, de aspecto tenebroso, algunas muy rotas por alguna herida pasada

La batalla fue muy agitante, pero lograron herir a las bestias vigilantes, de manera que estas se precipitaron al suelo, suelo que estaba a más de 2 kilómetros abajo. Pero después del enfrentamiento, los Sib estaban cansados, y la mitad de ellos muy heridos. Algunos tenían heridas profundas y abiertas que sangraban mucho, y, como los Sib no usan vestimentas y andan desnudos, no contaban con prenda alguna para hacer presión y detener el sangrado.

Pero esos hombres no se rindieron. Sabían que, o su esposa o sus hijos o hermanos, podían estar vivos delante de ellos, y podían salvarlos. Pese a que las bestias que huían con el botín se habían alejado, acordaron seguir las y continuar con el plan. La adrenalina del momento los inundaba y les hacía no sentir el dolor, ni tomar conciencia de los heridos que estaban, ni percibir cuánto sangraban sus heridas.

Por suerte, las bestias estaban descendiendo, y volaban muy lento. Al parecer, estaban cansados, y se dirigían a tierra a descansar. Habían bajado tanto, que por esos lugares, ya habían pasado las “Montañas Bajas”, y ahora estaban en las profundidades de los humanos, aunque muy alejados de sus pueblos.

Los Sib no descendieron, y siguieron en vuelo recto, pero para cuando estuvieron sobre las bestias, planearon de picada hacia estas que estaban bajo ellos. Con las lanzas dispuestas, unos arremetieron contra las bestias, y otros tomaron a los Sib heridos que caían al ser soltados por las garras de las bestias.

Miguel tomó a un hombre herido en sus brazos, y estaba tan cansado, que creía que se le caería para luego reventado abajo. Sin tener las intenciones, fue el primero

en rescatar a alguien, por lo que solo le quedaba acompañar a sus compañeros en el rescate de otras personas. Tenía dudas de cómo continuar con la misión, y notó la inseguridad en el rostro de sus compañeros. De pronto, Águila les dijo que debían seguir a las bestias, y luchar en tierra, hacia donde estas tuvieran pensado descansar —pues se veían muy cansadas— y si sobrevivían, descansarían, para luego volver a las montañas.

Lo del descanso sonaba bien, pues ya llevaban más de media hora volando, y después de la lucha, estaban muy cansados. Bajaron entonces, y observaron que las bestias descendieron hasta unos árboles, y ahí descansaban. Entonces, cuando se disponían a rescatar a sus heridos compañeros, muchas de las bestias arremetieron contra ellos, con sus patas en dirección hacia adelante, amenazando con sus poderosas garras. Pero las lanzas de los Sib, miden en promedio unos dos metros, por lo que clavaban a las bestias, antes que pudieran alcanzarlos con las garras. Pero las bestias eran muchas, y los Sib eran pocos y estaban cansados, y 3 de ellos estaban cargando a compañeros que habían rescatado recientemente, por lo que se dieron a la huida.

Las bestias no los siguieron por tantos metros, más solo por unos cien, y luego regresaron a los árboles frondosos.

Los hombres estaban tan fatigados, que respiraban muy rápido, inflaban el pecho con tanta fuerza que parecían ahogarse. Parecía que el aire no les servía de nada. Águila se puso de pie, pero estaba tan agitado que no pudo erguirse, sino que estaba inclinado, mirando con impotencia el oscuro árbol frondoso, y escuchando el gemido de sus compañeros y compañeras que estaban allá, siendo destrozados por esas garras que les perforaban las carnes.

Águila se dejó caer por el cansancio, y observó que sus compañeros estaban muy agitados, y hacían un molesto ruido al respirar... No, no podían continuar en ese estado. Esas dos mujeres y un hombre que rescataron, sería todo lo que podrían salvar. De pronto Águila vio que Miguel estaba caminando hacia el árbol, con su lanza entre los brazos. Le gritó que no lo hiciera, y con el grito las bestias se

echaron al vuelo sobre ellos, muy desafiantes, pero llegaron a cierta distancia, y retrocedieron. Al parecer, las bestias estaban tan cansadas como ellos. Miguel se había ocultado entre la maleza y seguía avanzando, lentamente. Tenía los ojos clavados en una bestia que estaba en el suelo, sobre un cuerpo de los Sib.

Miguel no sabía si esa persona estaba viva o muerta, pero lo cierto era que la bestia estaba como atontada, y al acercarse más, observó que estaba sangrando de la cabeza. Pensó que estaba tan malherida, que por eso no estaba en el árbol como los demás. Le llamó la atención que ninguna bestia estaba devorando a sus presas capturadas, lo que le pareció muy extraño, pues aunque eran fieras criaturas, no parecían tener interés en comer las presas que acababan de cazar

Observó que las bestias que estaban en los arboles interactuaban entre ellas, y no prestaban atención a los Sib que estaban detrás de ellos descansando, esperando el momento para atacar. Entonces gateó por la maleza y se detuvo al lado de la bestia a la que le sangraba la cabeza. Esta no le prestó atención, como si no se hubiera dado cuenta que Miguel estaban cerca de ella.

Miguel se vio enfrentado a la posibilidad de que esa bestia chillara y diera aviso a las demás de que él estaba allí. Miró su lanza y planeó lo que haría si eso llegara a pasar. “Moriré despedazado”, pensó. Él estaba solo, con una lanza, y había unas 20 bestias en el árbol.

Pero la criatura peluda y de larga melena que tenía frente a él, no parecía estar consciente de cosa alguna. Solo respiraba con la lengua afuera como moribunda. Las otras bestias chillaban e interactuaban entre ellos provocando mucho ruido, por lo que Miguel no necesitaba ser tan silencioso, pero aún con eso temía por la bestia que tenía al frente, pues podría avisar a las otras de la presencia del Sib.

Pensó que tal vez estaba ciega, y que no le veía, que estaba sorda... pero como sea, creyó que si le clavaba su lanza, esta chillaría y avisaría a las demás que él estaba allí, a solo unos 10 metros del árbol.

Tomó los pies de la persona que estaba debajo de la bestia, y los tiró. Se dio cuenta que era una mujer. Le siguió tirando, y la bestia intentaba levantar la cabeza para mirar que ocurría, pero no podía. Desde luego que se daba cuenta que lo que estaba debajo de él se estaba moviendo.

Cuando terminó de sacar la cabeza de la mujer, la bestia levantó su cabeza, al fin, y la inclino hacia Miguel. Infló el pecho con dificultad, y se disponía a dar un gran chillido, y cuando Miguel pensaba que llegaba el fin para él, la bestia se atragantó con su propia sangre, y en vez de un chillido empezó a vomitar sangre.

Asustado, y sabiendo que si esa bestia hubiera dado la alarma, él habría muerto, colocó a la mujer sobre su espalda, y gateó hacia donde estaban sus compañeros. Ahí le esperaba Águila, y lo reprendió por la estupidez que había hecho, de “arriesgarse de forma tan estúpida”. Miguel no dijo nada, y solo tendió en el piso a la mujer. Cuando la vio bien, se dio cuenta que era en realidad una joven, de unos 20 años, y que tenía el rostro cubierto de sangre. “Es Agua”, dijo Águila.

Inmediatamente Miguel la reconoció, y examinó su respiración para ver si estaba viva pues antes, pensando en traerla rápido, no lo había hecho. Respiraba, pero suavemente. No era seguro que viviera.

—Bueno, hemos salvado a 4 ahora —dijo Águila. Entre que dijo eso, las bestias retomaron el vuelo llevándose a los Sib que tenían por presas.

Los hombres pensaron en seguirlos, pero estaban muy heridos. Solo Miguel, Águila y otro hombre emprendieron el vuelo, pero estaban tan cansados, que cuando uno se desmalló, los otros le tuvieron que sujetar, para que no muriera en la caída. Lo llevaron a tierra, y miraron como las bestias desaparecían en lo alto del cielo, en la penumbra.

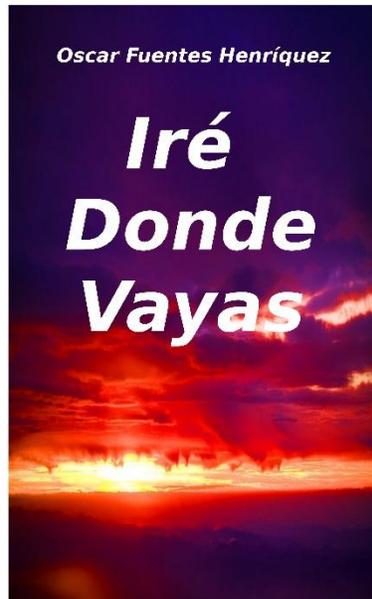
Hasta aquí la versión gratuita. Este libro está disponible en formato moby en www.Amazon.com

Otros títulos del autor disponibles en Amazon



Volver Atrás

Francisco siempre quiso ser amigo de Javiera, pero esta sufría de matonaje escolar, y él, por cobardía, nunca se atrevió a ser amigo de ella, por miedo a ser víctima de matonaje también. Pasa el tiempo, continúan creciendo, y cuando el está en la educación superior, se entera que Javiera se ha suicidado. Posteriormente, sin que él sepa porqué, vuelve atrás en el tiempo, y ahora tiene la oportunidad de salvar a Javiera. Ahora, Francisco volverá atrás en el tiempo una y otra vez, pues resulta ser algo torpe para lograr salvarla.



Iré Donde Vayas

En medio del exterminio de la humanidad por parte de una raza humanoide muy avanzada, Fernando se oculta junto a Isabel (una joven vecina de su villa) en una casa rural que les servirá de refugio. Per Isabel está muy débil, y Fernando tendrá que cuidarle y atenderle hasta en las funciones más básicas de la vida, mientras continuamente tiene que ir a la ciudad por provisiones, y enfrentarse a hordas de humanos modificados, usados por los humanoides para acabar con la humanidad, y enfrentarse también a los temibles exterminadores. Entonces, sumidos en la soledad, entre ellos nace un amor muy especial, dedicado y sufrido, pero a la vez muy fuerte.